

CENIZA Y RESCOLDO DE 1.975

UN puñado de acontecimientos, un puñado de grandes titulares en la prensa mundial han hecho el año 1975. El año en que terminó la guerra de Vietnam, el año en que murió Franco, el año de la Conferencia de Helsinki... Queda de este puñado de acontecimientos un montón de ceniza. Y algún ascua. Vivimos en un tiempo en el que los grandes hechos se olvidan y se asimilan rápidamente. Tensiones que fueron importantes y en las que estuvimos pendientes parecen ya infinitamente lejanas, y, sin embargo, son de hace algunos meses. Hay como una ansiedad de futuro. No ya en España, donde urge, sino en el mundo entero. Hay como una noción general de que todo lo que está pasando es siempre mucho menos trascendental de lo que debía pasar con arreglo a lo que sabemos, a lo que las sociedades saben de sí mismas y de sus posibilidades. Los poderes —en el mundo, y ni mucho menos hay que excluir a la URSS y otros países comunistas, donde la evolución es tan necesaria como en Occidente, pero parece aún más lenta— son conservadores. Representan las capas menos predisuestas al cambio de cada sociedad. Y los acontecimientos se van produciendo con una terrible falta de puntualidad: mucho más retrasados que las necesidades.

HA sido, sin duda, el caso de la guerra de Vietnam. Su final llegó cuando hacía ya años que hubiese debido producirse, cuando el mundo entero podía profetizar cómo iba a ser. La tenacidad conservadora del establecimiento dominante en los Estados Unidos mantuvo la guerra ardiendo hasta que físicamente no pudo más. El daño que todo ello ha supuesto es incalculable. Gran parte de la inflación se debe a aquella guerra: el dólar hizo soportar su peso a otras monedas europeas, a otras economías mundiales. Ha supuesto, también, que haya una falta de entendimiento importante entre los países subdesarrollados y las naciones ricas: una desconfianza de aquéllas con respecto a éstas, lo cual tiene también sus repercusiones en la inflación, y ésta está determinando una agudización de la lucha de clases —adormecida desde el auge de la

sociedad de consumo— dentro de los países industrializados. En la mayor parte de las reuniones internacionales, y especialmente en las Naciones Unidas, las naciones subdesarrolladas se han opuesto enteramente a Occidente, y en muchas ocasiones se han alineado junto a los países comunistas.

LA Conferencia de Helsinki rondaba por Europa desde hace más de diez años. Se ha retrasado, se ha demorado: se ha ido reduciendo su importancia, hasta llegar a lo que ha sido: una mera declaración de principios, en lugar de un entendimiento importante entre el Este y el Oeste sobre las condiciones de vida y política en Europa. Una declaración de principios, de todos modos, muy aceptable, sobre todo si se cumpliera. Exaltada por la URSS como un triunfo del internacionalismo, denigrada por la extrema derecha del mundo como "una concesión", reducida por los portavoces de Estados Unidos al puesto de algo simplemente interesante, pero dudoso, la Conferencia que diez años atrás hubiese podido modificar condiciones importantes de la confrontación, ha nacido así sin fuerzas, y no se la ve prolongarse o marchar hacia el futuro.

TAMPOCO el otro internacionalismo, el proletario, o el proclamado por Marx en tiempos lejanos, ha salido vencedor del año. Más bien está siendo criticado por dirigentes y teóricos comunistas europeos. Ha sido este año el de la declaración conjunta de Berlinguer —secretario general del partido comunista italiano— y Marchais —del francés— anunciando que la vía hacia el poder en los países de Occidente ya no puede esperarse de la revolución, ni la revolución es aconsejable, sino por medio de la inclusión en los organismos y sistemas democráticos, y un análisis de esa declaración muestra que el "modelo soviético" ya no cuenta para los partidos comunistas, y que Moscú ha dejado de ser el faro y el guía del movimiento comunista. Santiago Carrillo ha sido más explícito cuando ha declarado definitivamente extinto el internacionalismo.

1975 ha sido el año de la declaración conjunta de Berlinguer y Marchais anunciando que la vía hacia el poder en Occidente pasa por la inclusión en los organismos y sistemas democráticos. En la foto, el secretario general del PCI.





La tenacidad conservadora del establecimiento norteamericano dominante en los Estados Unidos mantuvo ardiendo la guerra de Vietnam hasta que físicamente no pudo más.

ESTA nueva tendencia de los partidos comunistas no es, realmente, tan nueva. Los comunismos nacionales —adaptados a la historia, la economía, la etnia en que se desarrollan— se hubiese producido mucho antes de no haberse producido con tanta violencia el anticomunismo de la guerra fría, que obligó a una contracción de los partidos sobre sí mismos, al verse aislados de los demás partidos de la izquierda y cerrada su vía al parlamento, cuando no declarados ilegales. Pero la nueva actitud no tranquiliza en nada a los poderes de la derecha. En primer lugar, no la creen real, sino táctica. En segundo lugar, temen que la llegada al poder de los partidos comunistas por vía parlamentaria sea, efectivamente, más fácil que la de la vía revolucionaria. Para mostrar su incredulidad sobre esta domesticación —calidad de domésticos, de interiores— de los comunistas, muestran el ejemplo de Portugal. Ejemplo que es realmente una excepción. El secretario general del partido portugués, Cunhal, ha intentado proseguir por los caminos tradicionales, el de la fijación en la línea de Moscú como ejemplo y el de la revolución como medio. Tenía para ello en cuenta las condiciones objetivas portuguesas: devastación ideológica y devastación económica por cincuenta años de fascismo. No tenía quizá en cuenta el enorme peso de los mecanismos internacionales y de las zonas de influencia. También el cambio político de Portugal llegó demasiado tarde. En la posguerra de 1945 hubiese sido otra cosa, y la caída de aquel fascismo hubiera podido cambiar varias situaciones mundiales.

PORTUGAL ha sido uno de los temas de la segunda guerra fría. Estamos en ella. Portugal ha recibido toda clase de presiones para no salirse de la línea occidental, y en estos momentos se aferra a ella, incluso a costa de los que fueron héroes del 25 de abril de 1974. Como Portugal, Angola, donde están enfrentados el Este y el Oeste en una guerra civil que puede convertirse —lo está casi siendo ya— en otro Vietnam: algo que podría pasar en el Sahara que fue español, por la tensión entre argelinos y marroquíes. La guerra fría sigue estando abierta en el Oriente árabe, que sigue estando tan lejos de la paz como siempre, pese a los acuerdos y a las negociaciones entabladas.

Y está viva en Europa. La nueva democratización de los países del Sur, entre ellos Portugal, Grecia y España, es algo que no deja de preocupar en Washington. La fuerza de la izquierda y la tendencia a la unidad entre los partidos izquierdistas en Francia y en Italia son factores crecientes. Las elecciones italianas de 1975,

para entidades locales, han mostrado hasta dónde llega esa fuerza: ya se vio en el referéndum del divorcio. Como queda más o menos dicho, este crecimiento está provocado sobre todo por el recrudecimiento de la lucha de clases: los sistemas capitalistas, que habían pretendido hacerse leves y pesar lo menos posible sobre las clases trabajadoras, se han visto agredidos por la inflación y el alza del coste de la energía y han reaccionado por sus medios habituales: crecimiento del paro obrero, retención en los salarios. Las clases proletarias, los asalariados, se han visto así regresados a su propia naturaleza que habían olvidado. En todas partes se producen manifestaciones y huelgas, que terminan en disturbios. En todas partes se produce una canalización de estos descontentos hacia los partidos de la izquierda. A la gran derecha, a lo que se llama "derecha inteligente", no le ha tomado por sorpresa la situación: Giscard d'Estaing y Wilson han tratado de ser reformistas, de buscar fórmulas más aceptables para todos. Han soltado lastres gratuitos, como los que se refieren a unas formas nuevas de convivencia —entre los extremos: el aborto, el divorcio, la reducción de la mayoría de edad, la condición femenina—, para dar la mayor sensación de libertad a sus pueblos, aun negándoles las ventajas económicas que pretenden. En todos estos sentidos, las sociedades occidentales se hacen cada vez más permisivas. Pero el gran desafío ni siquiera se aplaza por estos medios.

ABISMO creciente entre países ricos y pobres, tensiones internas de gran fuerza en muchos países —Portugal y el tremendo embrollo argentino, donde la agonía del peronismo, que se resiste a abandonar los restos de poder, es una gran tragedia, y también Irlanda, donde el conflicto ricos-pobres se disfraza de guerra religiosa e incluso de guerra de nacionalidad—, poca eficacia en las negociaciones de alcance internacional, bloqueo de las Naciones Unidas, nuevas tensiones entre la URSS y los Estados Unidos, ningún progreso real en las negociaciones entre Estados Unidos y China, continuación del enfrentamiento entre China y la URSS, persistencia del conflicto del Oriente árabe, estallidos en algunos puntos de África, son el montón de cenizas que nos deja entre las manos el puñado de grandes acontecimientos. Las ascuas: un final paralelo de las últimas dictaduras en el Sur de Europa, sucedidas por Gobiernos reformistas que son todavía como murallas de contención frente a las necesidades económicas y de dignidad de los pueblos. Todo ello va a continuar en 1976. Sólo una convención nos permite juzgar el mundo en fragmentos anuales. La corriente es más larga, más profunda, y no admite cangilones. ■